

Narración No. 19

De la Milpa a la Universidad

Por Pedro Juan de la Portilla Cabrera

Casimiro Chan siempre fue un hombre de luces claras y una voluntad inquebrantable que se sobrepuso a una infancia llena de carencias en una comunidad maya del centro norte del estado de Yucatán, en la Comisaría de Kiní del municipio de Motul.

Desde niño aprendió los secretos del monte cuando caminaba muchos kilómetros desde el amanecer para apoyar a su padre en la Milpa y ayudar a mantener al hogar y a sus hermanos más chicos.

Muy trabajador y listo, Casimiro llegaba a las doce del día a su casa, de regreso de la Milpa, se bañaba y almorzaba lo que había, y se iba a estudiar su primaria en la única escuelita que existía en la Comisaría. Así eran sus días, y así se le fueron los años creciendo con la responsabilidad del trabajo y el estudio para apoyar a su humilde familia.

Después de terminar su primaria y comenzar la secundaria, tuvo que hacer un esfuerzo mayor pues luego de la Milpa tenía que trasladarse de Kiní a Motul, haciendo muchas veces este viaje en bicicleta para llegar a tiempo. Al atardecer, siempre lo vencía el sueño pues estaba despierto desde las 5 de la mañana para ayudar al padre en la Milpa.

En repetidas ocasiones, sus padres le decían que dejara de ir a la Milpa y mejor estudiara, que era lo que más le gustaba, aclarando que ellos verían como le harían con los sembrados en el campo.

–No, papá. Mis hermanas y mi hermano están chicos aún y a mí, por ser el mayor, me corresponde apoyarte porque ya ustedes solos no pueden, no me pesa trabajar y estudiar.

Y, de esta manera, Casimiro Chan logró terminar su secundaria. Esperó un año más para poner, a sus dieciséis años, su propio puesto de frutas y verduras en su pueblito de Kiní, y fue creciendo su clientela por el trato respetuoso y la calidad de sus productos que él mismo cosechaba con su padre en la Milpa. Más tarde, compró también sus pavitos de engorda y comenzó a venderlos a buen precio mientras sus familiares igualmente apoyaban y hacían una especie de cooperativa familiar.

Así, Casimiro logró juntar un dinerito y compró una casita en la periferia de Motul y la fue mejorando poco a poco hasta que, con dieciocho años, se casó con su novia de la secundaria en Kiní, Micaela Can, y la trajo a su casa de Motul.

Ahora el matrimonio joven ya esperaba su primer hijo y el esfuerzo de Casimiro era de mayores proporciones para negociar por aquí y por allá, logrando poner su propia pollería y venta de frutas y verduras, que era su giro comercial, y era lo que le daba buenos resultados.

Con el pequeño negocio de Kiní y ahora el de Motul, la familia, tanto sus padres y hermanos como su esposa y él, fueron saliendo adelante hasta que les nació Rogelio, su primer hijo, y al cabo de un año nació el segundo, Miguel.

Pero Casimiro Chan sentía que requería de terminar su preparatoria para crecer más, matriculándose así en la escuela técnica de Motul, y con mucho esfuerzo, sin dejar de atender su comercio, logró terminar los tres años de la prepa en los turnos de tarde a sus veintiún años. Su visión del comercio y el conocimiento del mundo se amplió mucho más a través del estudio. Casimiro Chan nunca se rendía ante los nuevos retos. Perfeccionó su español pues creció en Kiní, en un hogar donde sólo la maya se hablaba; amó esas tradiciones hermosas de su comunidad, pero también en su cabeza se decía:

“Es bonito sentir, pensar y hablar en maya, que es nuestra cultura madre y de la que estoy orgulloso, pero cuando salga de Kiní tengo que superarme, porque el mundo es mucho más grande que mi pueblo, que Motul, y que la ciudad de Mérida”.

La familia crecía, así como el negocio y sus retos, no obstante, al cabo de los años y con sus hijos ya adolescentes, sucedió un hecho que puso a prueba otra vez su fortaleza de carácter: su padre enfermó de una embolia y quedó postrado en una silla de ruedas.

Las terapias y medicamentos eran costosos para la rehabilitación de su señor padre, pero nunca escatimó esfuerzos ni dinero y redobló su trabajo para sacar adelante a sus papás y a sus hijos que, ya grandecitos, le ayudaban ahora junto con su esposa Micaela, mientras ellos terminaban la prepa en Motul. Tanto Rogelio como Miguel eran jóvenes muy trabajadores y responsables como sus padres Casimiro y Micaela.

Así fue como los jóvenes le dijeron a su padre que querían estudiar la Universidad en Mérida, y que los fines de semana y en vacaciones apoyarían en el negocio a sus padres.

Tanto Micaela como Casimiro estuvieron de acuerdo y les dieron todo el apoyo a sus hijos para que así, Rogelio y Miguel, presentaran y aprobaran el examen de admisión en la UADY para la Facultad de Derecho y la de Arquitectura, respectivamente.

Los hijos, muy cumplidos, se levantaban bien de madrugada para salir en la primera combi de Motul y llegar cada uno antes de las siete de la mañana a sus clases matutinas, y en la tarde, después de las tareas, siempre sacaban tiempo para apoyar en el negocio familiar hasta que reunieran su dinerito y se compraran un coche de uso, para los dos llegar a tiempo y no levantarse tan de madrugada.

El caso es que tanto Rogelio como Miguel, al cabo de cinco años, les dieron la alegría a sus padres de entregarles sus títulos profesionales: uno de Abogado y

el otro de Arquitecto, siendo el premio al esfuerzo personal de los jóvenes de 25 y de 24 años, respectivamente, no sin antes soportar cierto bullying y actitudes no tan amistosas de los chicos “fresas” del salón por el origen maya de los hermanos en muchas de las actividades escolares y extraescolares. Pero tanto Rogelio como Miguel sabían que ese era otro reto que tenían que vencer, y con el carácter heredado de Casimiro lograron salir adelante y con calificaciones sobresalientes. Esto fue un orgullo para toda la familia Chan Can y motivo para armar una gran fiesta tradicional con sus usos y costumbres en la Comisaría de Kiní, con abuelos, primos y tíos.

Aquel fue el mejor premio para Casimiro y Micaela, que agradecieron a sus ancestros mayas por todas las bendiciones para que sus muchachos se conviertan en profesionales sin dejar atrás sus costumbres, con la humildad de siempre que les caracteriza.

–Hijos, estoy muy orgulloso de ustedes, y su madre y abuelos también. Ahora, lo que sigue es conseguir un buen trabajo en Mérida, donde hay más oportunidades que aquí. No hay que apresurarse, sólo es cuestión de tiempo, y estar enfocado, no hay apuro –les decía Casimiro a sus hijos.

–De acuerdo, papá –dijo Rogelio, el abogado.

–Yo pienso igual, papá –dice Miguel –pero sí hay que buscar chamba pues ya tengo mi noviecita y quiero construir mi propia casa, ja, ja, ja –se ríen al unísono.

–Continúa, Miguel. Ahora sólo hace falta que se anime papá y termine su sueño de tener una carrera profesional.

–Hijo, yo ando en alpargatas, como es la costumbre maya, y me siento cómodo criando pavos, atendiendo la milpita y también el negocio de frutas, con eso y la ayuda de Micaela, tu mamá, y de ustedes también hemos podido salir adelante con los abuelos y toda la familia –dijo Casimiro, y prosiguió:

–Ya tengo sesenta años, soy de la tercera edad y de origen maya, ¿ustedes creen que me van a aceptar en una Universidad de Mérida? Ese ha sido mi sueño siempre, pero con que ustedes se hayan graduado me doy por bien servido, ¿no crees, Micaela?

–Pues, con el debido respeto, Casimiro –decía Micaela –yo creo que debes hacerles caso a los muchachos, estudiar en una Universidad siempre ha sido tu sueño.

–Bueno, bueno, bueno... ¿y quién se encargará del negocio mientras no esté en las mañanas? –preguntaba Casimiro.

–Nosotros nos encargamos, papá, junto con mamá. A los tíos se les paga para la mañana y en la tarde ya estás de regreso. Estamos cerca de Mérida –concluyeron Rogelio y Miguel.

–Pues fíjense que me han dado mucho ánimo, porque yo siempre tomo de ejemplo a Don “Ed” Ojeda (Adolfo Ojeda), un señor que era milpero en Dzidzantún, muy humilde, hablaba maya y estudió la universidad ya de grande. Él se fue a los Estados Unidos de América y hoy en día este señor de 75 años es un prestigioso científico de la NASA. Es un caso muy curioso y más aun habiendo salido de aquí cerca de Kiní, en las Milpas de Dzidzantún –exclama Casimiro, y expresa:

–Es decir, el Dr. “Ed” Ojeda salió de la Milpa al Espacio, así es como se resume la vida de este científico yucateco mayahablante, además orgulloso de sus raíces, porque viene todos los años con su familia de vacaciones. Claro, no quiere decir que yo aspire a ser como este paisano tan famoso, pero lo que sí les aseguro es que yo fui muy pobre, así que le metí ganas, porque trabajando en la Milpa, estudiando y con el apoyo de Micaela hemos logrado encaminarlos a ustedes, así que les prometo que aceptaré el reto, porque ustedes me impulsan.

–Tengo que organizar algunas cosas y en un mes de repaso de la prepa entro a la carrera que me gusta, que es Administración de Empresas –admite Casimiro. –Yo sé que cuento con el apoyo de ustedes y no los voy a defraudar.

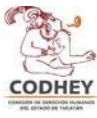
Y así, Casimiro Chan comenzó su carrera en Administración de Empresas en una Universidad Privada de Mérida, a sus sesenta años. Sufrió bullying por su forma de vestir y su edad, pero eso poco le importaba y su rendimiento académico callaba a los maledicentes y engreídos jóvenes “fresas” que siempre se burlaban de su forma de vestir y origen maya.

–No importa –pensaba Casimiro –yo voy a demostrar que no importa la edad ni el origen maya, al contrario, me siento orgulloso de mi raza.

Con un doble esfuerzo, Casimiro Chan, a sus sesenta y cinco años, trabajando y estudiando logró titularse con muy buenas notas de la Universidad en la carrera que siempre soñó: Administración de Empresas, y de inmediato montó su empresa de paneles solares asociado con sus hijos, el asesor jurídico Rogelio y el arquitecto Miguel, en la cual les fue bien, logrando así comprar un ranchito que fueron fomentando poco a poco y abrir dos minisúper, uno en Kiní y otro en Motul, mejorando la calidad de vida de la sociedad en general en ambos municipios al proporcionar numerosos empleos.

Casimiro Chan, como empezamos el relato, desde chico fue muy despierto, de visión clara y voluntad férrea. Se vale soñar, pero los sueños se hacen a mano y sin permiso, aterrizando las ideas con voluntad, sin importar donde se haya nacido, si se es maya, o incluso de la tercera edad, y Casimiro, su esposa Micaela y sus hijos son un ejemplo de cómo es posible romper paradigmas y alcanzar nuestras metas, porque en México, todos somos iguales.

La educación, la salud y el trato digno a las personas de la tercera edad es un Derecho Humano contemplado en la Constitución Mexicana, y como todos los



I^{er} Concurso de Narrativa Literaria

derechos, éstos no se mendigan, se alcanzan con voluntad y conociendo nuestras leyes.